

Panorama

LOS PERROS

La ciudad me ha deparado un hecho insólito: ver cómo una mujer, una señora en toda la extensión de la palabra, recogía del suelo algo indeseable que su perrito acababa de excretar. Con la mayor naturalidad, creo que producto de la costumbre, tomó aquello con un plástico ad hoc y, minutos después, lo arrojó a uno de esos contenedores especiales que el Ayuntamiento ha colocado por casi todo Madrid.

La persona desconocida por mí a la que me refiero es una de las pocas que aquí, en la Villa y Corte y, por supuesto, en el resto de España, contribuyen a mantener decorosamente limpias las calles de nuestra Patria. Se trata, sin duda alguna, de francotiradores del aseo y la higiene urbanas, cuya ejemplaridad apenas cunde.

En todo este asunto, que tantos berrinches y fobias produce, hay un inocente, el perro, y un culpable, el amo, aunque los canes que dejan parte de su peso en cualquier lugar de la «polis» son, según la aplastante mayoría de sus dueños, lo más similar a espíritus puros, inmateriales, o, en todo caso, educados animalitos que se alivian en el inodoro y luego tiran de la cadena. Mas la verdad es que el común de los amos disfruta de todas esas cosas estupendas y maravillosas que dan los chuchos —cariño, fidelidad, compañía...— y le endiagan a sus conciudadanos las miserias que, por conocidas e incluso padecidas, huelga citar. El gamberrismo, la insolidaridad, la collonería y el insolente zullarse en el respeto a la convivencia son, por lo menudo, el acompañamiento de quienes tratan a sus perros como animales degenerados, cochinos y odiosos —lo que no son—, y a sus prójimos como escoria social.

Algunos españoles opinan que el problema que nos ocupa es de exclusiva competencia del Poder y que éste tendría que resolverlo con mano dura. Dudo de que la vara del señor alcalde se torne severa o mágica. La mayoría de los ediles atacan el asunto con los consabidos paños calientes: multas que brillan por su lenidad, lugarcitos enarenados que hacen las veces de excusados perrunos, dispensa gratuita de bolsitas de plástico para la recogida de heces, etcétera. Todo este conjunto de buenas intenciones se estrella contra la prepotencia de la práctica totalidad de las amitas y los amitos, renuentes a ser educados en el auténtico amor a los perros y el respeto a sus conciudadanos. Y así las cosas, los alcaldes miran para otro lado, sencillamente porque la nómina de los que tienen perros es millonaria y, dado que cada hombre es un voto, los ediles, con los ojos siempre puestos en los comicios municipales, se hacen los distraídos, y aquí paz y después gloria.

¡Guay! del alcalde que tratase de meter en cintura, no a los canes, pura inocencia inanimada, sino a sus indóciles dueños. Pero tranquilos, que no pasa nada, pues como los municipales, en el poder o en la oposición, no quieren sufrir descalabros electorales, evitan constreñir, hoy o mañana, a los desaprensivos, antisociales ciudadanos de marras. O sea, prefieren que los amos sigan ladrando, con perdón, sin problemas, alegremente, quizás por aquello de... ladran, luego cabalgamos...

Cristóbal PÁEZ



Escenas políticas

LA CONJURA

CRECE la conjura, Felipe González no hace más que avisar de que viene la conjura. Eso empezó en el «sindicato del crimen», cosa de nada, un escaqueo entre José Luis de Villalonga y Antonio García Trevijano, que está predestinado a presidir la Tercera República, y ya ven ustedes en lo que se está convirtiendo. Anda, para que te pees llevando el ciñal y luego digas que chisporrotea. Lo de la conjura lo sabe ya hasta Rosa Posada. Primero, se quita de ahí a Felipe. Mientras esté Felipe, la conjura estará bajo control. Se quita de ahí a Felipe González y se pone ahí a José María Aznar, que lleva a Azaña encuademado bajo el brazo, regalo de Federico Jiménez Losantos. Segundo, abdicación de Don Juan Carlos, coronación del príncipe Felipe, todavía inexperto en conjuras. Tercero, golpe de Estado, hachazo al Trono y elevación del Trevi a la presidencia de la República.

Han entrado en la conjura, no sólo Javier de la Rosa, Mario Conde y Manolo Prado, sino también el niño de Pujol, Pepet Pujol, en Castilla Pepito, el juez Eduardo Moner con el suplicatorio contra Barrionuevo, que es el poder legalmente constituido, Fernando Fernán Gómez, que ha escrito un libro de la Puerta del Sol. Ya se sabe que la Puerta del Sol es republicana, frente a la Puerta de Alcalá, que es monárquica de Carlos III y de Ana Belén. Hay que tener mucho cuidado con las puertas. Los grandes cambios y las conmociones bélicas entran siempre por alguna puerta, por la Porta Pia o por la Puerta de Brandeburgo.

Paco Ubral, que ya estaba en la conjura, ha escrito otro libro, «Madrid 650», sobre las seiscientas cincuenta repúblicas que cruzan todos los días por los madriles, mineros, campesinos, pescadores, estudiantes y maricones. No sé si se han fijado ustedes en que Sancho Gracia se ha pasado a la conjura. Vayan ustedes al Teatro Español a ver el Tenorio de este año. Me dicen que Sancho Gracia recita los versos de la escena del sofá «¿no es verdad, ángel de amor?», con un tuffillo republi-

cano tan fuerte que es como una invitación al amor libre y a la quema del convento de Doña Inés. Un poco más y cumple los consejos republicanos de don Manuel Azaña, «entrad en los conventos, levantad las faldas a las monjas y hacedlas madres para la patria».

Don Lorenzo Sanz se ha unido por sorpresa a los conjurados, y se asoma al palco del Bernabéu, que siempre ha sido un palco monárquico, como se asomaría Maçia al balcón de San Jaime para proclamar la república catalana. Me cuenta Martín Prieto, recién llegado de mi Buenos Aires querido, que Lady Di ha ido a Argentina a pedirle fondos a Carlos Menem para financiarle a Pablo Sebastián su semanario «La República». Alguien me ha propuesto que resucitemos los Amigos de la

República, y evocar a Ortega, Marañón, Pérez de Ayala y todos esos, y he respondido con una frase de Valle-Inclán: «Sólo los sinvergüenzas son republicanos». Raúl del Pozo apostilló, rápido: «Sin embargo, él se presentó después a diputado lerrouxista. España se acuesta monárquica y se levanta republicana». Tereció Antonio Burgos: «Y al revés. Además, Don Juan Carlos le hizo a Valle marqués de Bradomín y lo incorporó a la Monarquía aunque fuese a título póstumo». Don Ramón María también era manco. Como Manolo Prado, pero de otra manera. En cambio, don Niceto, que presidió la segunda República, fue tonto en Priego, en Alcalá y Zamora. Lo dijo Rafael Alberti.

Caco Senante, el más reciente conjurado, entró con su banda a espiar en el Ministerio del Interior. Ahora prepara un himno de Riego con ritmo de salsa. Rosy de Palma está metiendo la nariz en la conjura, y ha ofateado allí a José María Aznar. En cuanto se hagan de la conjura Mercedes de la Merced y Norma Duval, proclamo el cantón republicano de Cartagena, y además cojo a García Trevijano y lo saco al balcón de la antigua Gobernación a que grite: «¡Viva yo!».

Jaime CAMPANY